

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Oscar Echeverri Mejía, Alfonso Bonilla Naar.

Veintiún años de poesía colombiana.—Selección.

“Colombia es considerado como un “país de poetas”. Y ello es así. Pero para muchos —en especial en el exterior— es solo el país de Valencia, de Silva y quizá de Isaacs y Rivera. De ahí, (1940) para acá... silencio. Ese vacío es el que llenamos con esta selección. Al hacerlo hemos dado un aporte a la literatura colombiana contemporánea; que es, precisamente, el empeño de nuestro trabajo”. Con esta parrafada final concluyen su introducción los autores de esta Selección de poesía. Parecería que se trata de mostrarnos, en claro vitral, el rostro de una poemática que arranca de 1940. Pero ello no es así. Porque dentro de esta Selección se han dado cita poetas y “hacedores de versos”, muchos de los cuales peinan canas. Luego lo natural hubiera sido que se incluyeran nombres que en verdad le han dado una nueva dimensión a la Literatura que los autores se afanan en rescatar del olvido. Piadosa tarea y muy noble en verdad. Pero trunca como todas las buenas intenciones cuando se ponen en movimiento hacia un fin determinado. Los nombres de Germán Pardo García, Rafael Maya, Rafael Vásquez, José Umaña Bernal, León de Greiff, López Narváez, sí que serían ennoblecedores de cualquier antología. Y decimos nuevamente que muchos de los poetas seleccionados, frisan una edad no muy lejana de aquellos maestros.

La poesía no es cuestión puramente cronológica. Más bien se mide por la eternidad de su mensaje. Y si es rigurosamente cierto que somos desconocidos en otras latitudes culturales, y que solo dos o tres nombres de poetas colombianos son conocidos fuera de las lindes patrias, razón tanto mayor para haber realizado un trabajo de mayor envergadura. Especialmente el poeta Oscar Echeverri Mejía, sabe bien la importancia que tendría una antología auténtica de nuestros grandes valores. Es cierto que todos “cantamos en la edad primera”, pero ya en una tarea de seleccionar las voces líricas, debe dejarse de lado esos momentos fugaces que algunos compatriotas dedicaron a escribir un soneto o tejer un romance. Esta antología adolece, siguiendo el capricho de sus autores, de grandes vacíos o silencios. ¿Dónde está la voz lírica, honda de subterráneas iluminaciones, de Emilio Rico Escobar? ¿Dónde la poesía llameante, de luces del trópico, cuajada de adivinaciones, de Darío Samper? La lámina fina,

cristal y lengua de arroyo, de Margott Sarcey? ¿Dónde los sonetos de limpia prosapia lírica de Eduardo Umaña Luna? En cambio, cuánta pajarrilla de papel que los mismos autores, consideran como fugaz escarceo de la remota juventud.

En la selección se escogieron poemas de Matilde Espinosa de Pérez que no son los mejores de la autora. Ella ha venido depurando su forma, haciendo más patético su mensaje en sus últimos libros. Y, en general, de los mismos escritores seleccionados no está lo mejor de su numen, para usar un rebosado símil centenarista. Tenemos, pues, la tan esperada antología. En verdad, es la manera de que vuelvan a nuestra memoria muchos nombres que pasaron erráticamente por el arduo sacerdocio que implica testificar un tiempo, señalar los límites dorados de una primavera, cantar el amor renovado siempre como las flores y el tiempo de los sueños. Mucho verdor de juventud ya marchito, relicario del recuerdo, pero no propiamente una antología de nuestra poesía que sirva para que se rompa el desconocimiento de nuestros valores en el exterior. Porque cuando pensamos en las obras patrias del mundo, debemos abrirle la ruta a los positivos valores que elevarán nuestro rango intelectual. Por algo dijo alguien, parodiando una frase de Clemenceau "que la poesía es algo demasiado serio para dejarla en manos de los poetas". Que no perdonen estas digresiones los codificadores del mamotreto, pero ya va siendo tiempo de que la crítica honrada se abra paso en nuestro país, donde todos nosotros vivimos inclinados sobre el estanque azogado del narcisismo.

D. H. Radler.

"El Gringo".—La imagen yanki en la América Latina.—Ediciones Tercer Mundo.

Antonio Panesso Robledo ha vertido al español, en forma bastante fiel, esta obra del periodista norteamericano D. H. Radler. No se trata de un yanki más que, con su máquina Kodak viene por esta América nuestra, tan calumniada, toma unas fotografías, generalmente en colores, y pergeña un articulejo horro de sintaxis, con un desconocimiento aviónico de nuestra geografía, historia y peripecia como pueblo nuevo. Tiene mucho de sentido novelista este libro. El autor, para ventura nuestra, no ensaya difusas y profundas teorías sociológicas, ni abrumba el texto de cifras, cuadros, todo ese material que hace la delicia de economistas jóvenes y de escritores norteamericanos que desconocen el humanismo, la gracia viva y fecunda de un universo que es preciso verlo sin tratar de ponerle la camisa de fuerza, de unas mañosas estadísticas, que generalmente no corresponden a la realidad.

Radler no se deja llevar por entusiasmo, ni tampoco por ensimismamientos. Vierte amenidad y claridad su libro. Y tiene el coraje de denunciar los yerros de la política norteamericana frente a pueblos diferentes en idiosincracia, etnología, raíces espirituales. Sobre el caso de Cuba comunista tiene apreciaciones buidas, descarnadas y exactas. Si los yankis no

hubieran hecho de la isla un paraíso de placeres para sus turistas ávidos de derrochar el dinero en forma no santa, si se hubiese estudiado el fenómeno cubano, su desgarrada lucha por la libertad, lo que escribió con sangre Martí y Macedo, es seguro que Cuba no sería hoy un fortín comunista, una punta de lanza en América. Se les crecieron los comunistas en sus propias barbas.

La diplomacia norteamericana, según el autor, ha sido desastrosa por lo que se refiere a América Latina. No han existido diplomáticos de visión aguda, que escudriñen la realidad de naciones jóvenes, sumidas en el subdesarrollo, que necesitan comprensión, análisis, crítica constructiva. No se nos puede tratar como tribus sumidas aún en la noche del chamanismo.

Libro valeroso y cierto este. Ojalá sirva para que los compatriotas del autor rectifiquen rumbos y tomen contacto con una realidad que es patética y lo será más aún, si los Estados Unidos se aíslan en una comodidad capitalista y anticristiana.

Arturo Escobar Uribe.

El Indio Uribe.—Compilación.

La lectura de estos panfletos del indio Uribe, nos dejan un sabor de ceniza en los labios. No encontramos en estas prosas grandilocuentes, atiborradas de lugares comunes, la belleza literaria que acaso tuvo para algunos radicales de su tiempo. Es un estilo manido, irrevocablemente desueto. Contrista el ánimo que un hombre que tuvo talento literario, lo hubiese gastado en una oscura tarea de odio y negación. Su furibundo anticlericalismo, su pasión insana para juzgar a muchos hombres ilustres de su tiempo, apenas tienen explicación en un tratado de las malas pasiones. Una intolerancia agresiva recubre el metal literario, restándole nobleza y calidad. Se puede disentir de un hombre, de una época entera, pero no hacerlo cegados por el odio, conducidos por yertas consignas que tanta sangre costaron a los colombianos.

Estos panfletos carecieron de razón en su hora. Fruto de una mente oscurecida por el sectarismo más cerrero, la prosa tiene que conducir todos esos hongos venenosos, perdiendo en densidad y brillo. Panfletos crueles pero infantiles. Su odio hacia el catolicismo es un remedo de cierto ateísmo importado de Francia sin derecho de inventario. Eran tiempos en que se escribía Dios con minúscula y se tuteaba confianzudamente a los padres de la Iglesia. Hoy esta literatura nos parece manida, forzada a una necesaria caducidad. Acaso en muchos sectores comunistas se predique aún esta serie de necedades. "La religión es el opio del pueblo", y, otras enormidades de Marx y sus corifeos. Pero nada de esto tiene vigencia en el tiempo actual, cargado de preocupaciones dinámicas, tiempo de siembra y de recolección.

El biógrafo del Indio Uribe escogió la hora menos propicia para exhumar estos panfletos. El odio nada construye. Solo el amor es fecundo.

Además, literariamente, el estilo del Indio Uribe se nos hace demasiado pomposo, ya que su autor era amigo de las enormidades y de las actitudes radicales, furiosamente extremistas. Y es claro que tal intemperancia pasional se reflejaba en su prosa, deformándola. Como Voltaire, el Indio era enemigo personal de Cristo y se calaba más el sombrero al pasar por frente a las iglesias. Tales actitudes se nos hacen hoy de un infantilismo conmovedor. Y el escritor mutiló su obra por dar rienda suelta a sus venenos y furias contra la Iglesia. Amontonaba adjetivos hirientes, creyendo que en eso radicaba la fuerza del argumento, descuidando valores que son substanciales en todo logro literario.

Los Escritos Escogidos, presentados con tanta zalema por su entusiasta biógrafo, quien, participa de todas las negaciones de su personaje, apenas si dejan un balance melancólico de la tarea de aquel panfletario que tuvo talento, pero lo malgastó. Y que sufre ahora el impacto de los tiempos nuevos, cuando soplan otros vientos por las comarcas de la literatura. Volvemos a encontrar con estos panfletos, es como hallar de nuevo, en el itinerario de la vida, a una novia de la remota juventud, flor y esencia de la belleza femenina, pero hoy trabajada por el tiempo, implacable oruga, adiposa, veteada por la hepatitis, cruzada de una cordillera de arrugas, ruina de nuestros sueños y canciones.

José Pubén.

Cuando un ave muere en pleno vuelo.

José Pubén empieza a encontrar un puro camino de evasión. Lo que en *Gradas de ceniza* fue balbuceo, aproximación, radiosa tentativa, en este nuevo poemario suyo es hallazgo de escondidas músicas. De imágenes que conservan una dulzura un poco ácida como ciertos momentos de la melancolía. El lirida empieza a comprender que la poesía es desgarramiento y deslumbramiento. Lo demás, juegos de abalorios, trapecio de paradojas, reminiscencias líricas. Poemas como *Cofre* son de una ontológica fragancia. No se puede dar una mayor sensación de recuerdo, de tiempo amoroso, de perfume. En tan pocas palabras, tanta poesía recóndita y valedera!

Las aves y las mariposas que cruzan por estos breves poemas, son un cierzo de poesía, un trino de ave que olvidó su equipaje lírico, una fina memoria aérea. Todo ello logrado por una depuración de las formas casi ascéticas. Una economía de lenguaje que es una lección para ciertos poemas colombianos que confían únicamente en la abundancia de las palabras. Como si muchas de ellas, no se hubieran desvalorizado en este tiempo de la hipérbole y el narcisismo.

José Pubén está cumpliendo con un itinerario de voluntaria renunciación a lo fácil y trillado. Un manojo de poemas donde, en verdad, el lirismo adquiere una vigencia y una ternura insólitas.

Francisco Posada Zárate.

Proposiciones para una política laboral colombiana.

El doctor Francisco Posada Zárate ha enfocado con bastante claridad el problema de una política laboral para Colombia. Ni la estéril lucha de clases; ni los carteles de reivindicaciones con odio al fondo; ni la ceguera de algunos patronos; ni las viejas estructuras del Estado colombiano, que no se acomodan a la realidad, ni son suficientemente dinámicas para un cambio de rumbo en una política que tiene vigencia para miles y miles de asalariados que derivan su subsistencia y la de sus familias del trabajo cotidiano. Por eso dice el autor en forma tajante: "La política laboral colombiana está unguida de cambios en sus estamentos funcional y humano, pero esos cambios obviamente requieren la asistencia, el apoyo, y la dinámica cooperación del patronato, la modificación de las posiciones de lucha y reivindicaciones sindicales, lo mismo que un enfoque más orgánico de las entidades gubernamentales".

Y plantea soluciones nuevas, de acuerdo también con las urgencias del minuto contemporáneo. Dignificar y cristianizar la vida de los hombres de trabajo, sentar las bases de una política nacional, sin copia servil de otros países cuyos problemas son tan diferentes a los nuestros. Y lograr que el capital y el trabajo cumplan su función convergente, sin retaliaciones, suspicacias y argucias. Algo diáfano y honrado para bien de empresas y obreros.

Este opúsculo está llamado a despertar gran interés en este momento en que se debate nuevamente la forma de legislar coherentemente sobre un tema tan sumamente vital para la vida del trabajador colombiano.